UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL TENOR TAMAGNO

Le oí por vez primera en el *Trovador*, en el Teatro Colón de Buenos Aires, donde cantaba todos los inviernos hacía ya varios años y era como suele decirse en lenguaje teatral, el ídolo del público. Es curioso ¿no es verdad? que un ciudadano turinés haya oído por primera vez en América á un artista célebre que ha nacido, ha debutado y ha cantado cien veces en Turín. Fué para él una noche triunfal, y para mí deliciosa. No había oído nunca una voz de tenor tan poderosa y tan límpida, tan armoniosa y tan fácil, ni había sentido jamás con el canto una emoción tan fuerte de placer y de maravilla. En cuanto se acabó la representación entré en el cuarto del empresario Ferrari, donde, al poco rato se asomó un

hombre envuelto en una gruesa capa gris, cubierto con una extraña gorra con dos grandes orejeras de paño, que se ataban debajo de la barba y no dejaban ver más que la nariz y los bigotes, dándole un vago aspecto de cazador de focas. El empresario le nombró.—Francisco Tamagno?—dije para mí.—Este esquimal? Es imposible!—Mas era precisamente él, el Manrique deslumbrador de poco antes, trasformado en una especie de oso polar. Me congratulé de ello. Se alegró mucho al oír hablar su lengua. Pero no aceptó ni mis alabanzas, ni las del empresario.—No—dijo moviendo la cabeza —no he cantado como quería, estaba un poco cansado al final. Saben Vds. que es esta una ópera capaz de matar á un perro? —E hizo la enumeración de los trozos de fuerza con las abreviaturas profesionales: —Primero *il deserto* con aquel dichoso terceto; luego *il ferro in alto* y *gl'infami sgherri;* más adelante: *Ah si bien mio,* y la pira, y la torre y los *nostri mouti*... Es inacabable. Basta, otra vez me levantaré.—Me sorprendió y me agradó después de aquella tor-

menta de aplausos la modestia de aquellas excusas, que aparecía tan sincera en la misma sencillez de sus palabras y en lo poco que se descubría de su semblante, alegrándome mucho de haber encontrado finalmente á mi hombre: lo que habría podido apagar mi curiosidad antigua y vivísima de conocer la vida, las costumbres, las emociones y las miserias propias de un gran artista de canto, de uno de aquellos *divos* privilegiados de la naturaleza y de la fortuna, cuya existencia es un viaje triunfal á través del mundo bajo una lluvia de coronas y de billetes de mil pesetas. Pero el *divo* se fué casi de repente y por una serie de coincidencias desfavorables no lo volví á ver en mucho tiempo.

*

Catorce años después, nada menos, y en mi casa, cuando todavía era feliz, y en un tiempo que ahora me parece remotísimo. Los miles de *dos de pecho* que había soltado en aquellos años en los más grandes teatros del mundo, no le habían envejecido un

punto, como los triunfos que había alcanzado después de aquella temporada de Buenos Aires, y que fueron los más gloriosos de su vida, no habían alterado en lo más mínimo la sencillez modesta y cordial de sus maneras. Era siempre aquel hermoso granadero fornido y floreciente, de menudos ojos sonrientes y de bigotillos rubios apuntados, inmune para las canas, conforme le había visto con la capa encarnada del *Trovador*, y todavía tan derecho y vivo que podía pasar por cuarenta sus cuarenta y ocho años, con la certeza de engañar hasta el ojo de un amigo, con su caraza abierta, con la risa pronta y sonora de un hombre sano y contento.

Apenas entró mi mujer y mis hijos vinieron á sentarse en torno, movidos no sólo por la curiosidad de conocer al grande artista, sino también por la esperanza de recoger también alguna de aquellas monedas menudas de su tesoro, que suele lanzar conversando, por capricho ó por juego, de un millonar de notas igual á él, que tiene para derrochar y para guardar. Al cabo de

cinco minutos de conversación á todos nos pareció ya un antiguo amigo de la casa. Y es ciertamente una de aquellas naturalezas con las cuales el *Usted* es un instrumento gramatical estridente, que siente uno necesidad de dejar á un lado cuanto antes.

Y sin embargo, sabiendo que á ciertos hombres que se han hecho famosos no les hace gracia recordarles la humildad de su orígen, yo, poco perspicaz, dudaba de sacar la conversación sobre este punto. Fué él mismo quien espontáneamente, acometió la propia biografía desde el primer momento con una complacencia tan manifiesta y tan alegre, que me avergonzó de mi duda, como si fuera nna injuria.

Procedo del pueblo.—Soy hijo de mis obras—dijo riéndose, y se corrigió en el acto:—No quiero decir de las *óperas* que he cantado, que no son mías... Su padre tenía un fonducho. Su niñez fué dura. Durante varios años se levantó á las cuatro de la mañana para poder atender á las labores domésticas, que eran rudas. Eran quince entre hermanos y hermanas. En el curso

de dos años el cólera y el sarampión se llevaron al otro mundo á diez, y tan terrible golpe abrevió la vida de su madre, que no se daba punto de reposo por el bienestar de sus hijos. La hermosura de la voz fué una cualidad común á toda la familia. Su padre era conocido por su voz estupenda de tenor, que no cultivó, y alguno de sus hermanos tuvieron el mismo dón de naturaleza. Cuando él entraba en la adolescencia se iba difundiendo entre la juventud del pueblo turinés la pasión por el canto coral. Él y un hermano suyo entraron en una sociedad de jóvenes *dilettanti*, que pagaban á un maestro diez céntimos cada uno por semana, y hacían sus ejercicios bajo el puente de la Dora, con los pies sobre el cascajo.

Mas parece que el arte no sirve para hermanar á los hombres bajo los puentes como tampoco los hermana sobre las tablas, puesto que la envidia arrojó bien pronto del cenáculo fluvial á los dos pequeños tenores que tenían sobre todos los demás una superioridad de voz intolerable. Entonces fueron á buscar lecciones al Liceo musical, donde juzgaron que sus voces eran excelentes; pero quizá no igual á las voces las aptitudes artísticas, porque el buen maestro Pedrotti les dijo un día que, perseverando en el estudio, podrían llegar á ser con el tiempo dos óptimos coristas, que se ganarían un buen jornal yendo á cantar á Inglaterra.

Con palabras tan animadoras se desanimaron ambos, echándose la cuenta de que ¡estudiar durante varios años, y vivir tanto tiempo á cargo de la familia para no llegar más que á coristas! En verdad, *que no valía la pena.* El teatro no hará nada por nosotros. Mejor será abandonarlo, y lo abandonaron.

Un caso afortunado persuadió inesperadamente al joven Tamagno que «valía la pena». Se representaba en el teatro Real el *Poliuto,* con el célebre tenor Mongini. Enfermó un día de improviso el segundo tenor y no sabiendo el empresario como sustituirlo así de pronto, el maestro Pedrotti pensó dirigirse al alumno, cuya hermosa voz recordaba, le mandó llamar y le preguntó si se sentía con fuerzas para apren-

der á escape la pequeña parte que tenía propósito de confiarle. El jovencillo respondió con valentía que sí y se puso á estudiar. La parte era poca cosa; pero había una frase que se prestaba bastante bien para dar una muestra de una voz poderosa.

Era el verso

l'anima no, che l'anima è di Dio.

No se trataba—dijo Tamagno guiñando un ojo,—más que de hacer una pequeña traición á Donizetti, una *puntatura in si* en el *Dio* final; fué un amigo quien me lo sugirió: de esta manera...

Y cantó la frase, lanzando con toda su fuerza la nota.

Es imposible decir el efecto que produjo en la habitación cerrada aquella explosión de voz que habría llenado el teatro de la Scala, aquel *Dío* que habría sacudido la conciencia de un ateo; nos pareció que las paredes y la casa entera temblaban como sacudidas por un terremoto; la cocinera acudió espantada y arrebatada al mismo

tiempo por aquel grito angelical, y todos nosotros sentimos aquello que el célebre actor Irving dijo que sintió al oír el sonido de ciertas notas de Tamagno: la sensación de una ducha fría en la nuca, y la impresión de una llama por las venas.

No había para que el artista terminase su relación. Más de un espectador del teatro Real sabían el efecto que había hecho aquella nota inesperada del cantante desconocido: primero una impresión de sorpresa y luego un huracán de aplausos... que luego duraron treinta años.

Le dí gracias por el regalo.—No—me contestó riendo,—no es un regalo, es un relleno de la conversación. Cantar y hablar es para mí la misma cosa. Al contrario prefiero muchas veces cantar á hablar. Cuando me dan un banquete, por ejemplo, y me dedican brindis, que exigen una contestación de gracias, yo me levanto y digo:—Señores, no soy orador: en vez de hacer un discurso si me lo permiten cantaré.—La alegría con que aceptan siempre mi proposición hace poco honor á mi elocuencia;

mas yo soy cantante porque salgo más ai roso del empeño.

En efecto; en un banquete al cual le habían invitado en Turín hacía pocos días, se subió sobre una silla y cantó una cancioncilla piamontesa de Brefferio, provocando un entusiasmo que hubiera envidiado el mismo Demóstenes. No ha habido jamás cantante célebre más pródigo que él, de su propia voz. Ciertos amigos suyos, cuando él les ruega que jueguen á lo que es su pasión, le suelen contestar:—Si quieres que juguemos, canta,—y él canta con tal de que jueguen. Otros le hacen cantar con estratagemas infantiles, de las cuales no se da cuenta: pidiéndole que les recuerde un motivo muy conocido, que fingen no recordar, ó preguntándole como ha podido conseguir vencer ciertas dificultades de su arte, que no puede explicar sino cantando. Una noche de verano, después de una representación de *Cavalleria rusticana,* que él había oído por primera vez, habiéndoselo llevado un grupo de amigos á un pequeño círculo del Corso Vittorio Emanuele, que estaba

en el primer piso; él, entre bocado y bocado de la cena, volvió á cantar casi toda la ópera, de tal suerte que al levantarse para marchar vieron por las ventanas abiertas que se había reunido en la calle una gran muchedumbre, todos con la nariz en alto, como delante de una casa incendiada.

*

Mas si bien, como él dice, le es más fácil cantar que hablar, es más elocuente discurriendo de su propio arte y también usando la lengua italiana, que habla con pronunciación subalpina pero con corrección y con agilidad, como casi todos los artistas. Ah, ese bendito «culto público», del cual una buena parte cree que el que tiene el dón de la voz, le basta con lanzarla al aire para ser artista. Tamagno puede decir algo sobre esto, él que no ha logrado triunfar sino al cabo de largos años de ejercicios y de grandes esfuerzos para corregir la «impostatura» de su voz, que era defectuosa. El insigne maestro Platania de Palermo fué quien primero le advirtió de tal defecto, dicién-

dole que cantaba con la boca demasiado abierta, que si hubiera continuado de este modo se habría estropeado en un par de años, que debía recoger más la voz, redondeándola y dándole morbidez y una modulación más dulce y de más color. Y preguntándole yo insidiosamente, que es lo que propiamente se debía entender por «impostatura» de la voz, me dió enseguida una explicación práctica, haciéndome oír la impostatura particular de Masini, de Stagno, de Patierno y de otros tenores célebres, con tal fidelidad de imitación, que parecióme estar oyendo una nota de cada uno, y luego, para que advirtiera mejor la diferencia, me dió una muestra de la suya: *quod erat in vobis.*

—*Afortunada garganta!*—le dije, para recordarle su amada Buenos Aires.

—No,—me contestó—la voz no está en la garganta: está en los pulmones.—Y añadió luego, golpeándose con una mano la amplia caja torácica:—La voz está aquí—y me hizo oír la profundidad formidable de su respiración, semejante al resoplido del

fuelle de una fragua.—Suele decirse de un cantante acabado que no tiene la garganta de un tiempo. Eh, no! La garganta en la mayor parte de los casos allí está la misma que siempre: es la fuerza de los pulmones lo que se ha perdido. Lo siento aquí dentro como una bomba! Oiga V. como sostengo la nota.—Y atacando un *si* lo prolongó por tanto tiempo, que me hubiera bastado para escribir con hermosa caligrafía un verso martelliano; una de aquellas grandes notas de quinientas liras cada una; que, al oírlas en casa, sin acompañamiento, á un paso de distancia del que las emite, después de haberlas oído tantas veces desde lejos, en teatros llenos y resplandecientes, en medio de cien sonidos de orquesta, causan un placer vivo y nuevo, semejante al que se experimentaría viendo de cerca, pegada á nuestros ojos, en la sencillez del traje matutino, una famosa y hermosísima mujer, que no hubiéramos visto más que á distancia, en coche ó en un palco, con toda la pompa de sus trajes de princesa.

•

Y ciertamente la voz de Tamagno no acusa hasta la fecha síntoma ninguno de decadencia (diciembre de 1899): cosa rara en un tenor próximo ya á doblar el promontorio de los cincuenta, y debido sin duda á la vida sobria que lleva, á los rigurosos y constantes cuidados con los cuales custodia su tesoro, que es delicado y fugitivo como la belleza de la adolescencia. No imaginaba yo, antes de oírselo á él mismo, que una hermosa voz fuese una tirana tan terrible de la vida. Cuántas monásticas privaciones y cuantas mortificaciones de todo género de deseos! Y además mil precauciones fastidiosísimas de enfermo, los paseos reglamentados por el termómetro y por el barómetro, y los tristísimos é interminables días trascurridos en la prisión de un cuarto de una fonda, mirando con envidia, por detrás de los cristales, la libertad despreocupada del común de los mortales que corren á sus quehaceres á través de la nieve y de la niebla. No tanto, claro está, en nuestros climas, simpáticos á los pájaros que cantan; en Italia, en España, en la

República Argentina le parece estar en el paraíso terrenal. Pero en Francia ya es otra cosa, y peor en Inglaterra y en los Estados Unidos, y peor que peor en Rusia, donde su voz está en constante peligro y su vida es un verdadero martirio. En Chicago una noche de viento frío se indispuso hasta no poder cantar durante ocho días solamente por haber abierto la boca, al bajar del coche para decir á un amigo suyo: —Vamos. —Aun en los mismos climas favorables debe temblar de Baco y de Tabaco, estudiar la cocina, mantener siempre viva la elasticidad de todos sus órganos, y sobre todo: mucho cuidado con engordar! Es la plena salud en que se encuentra la que le consiente cantar en todo momento como á los veinte años, y la que le permitirá hacer nuevamente para el esperado *Rey Lear*, de Giuseppe Verdi, lo que hizo con el *Otello:* cuarenta ensayos seguidos, cantando en todos ellos á toda voz.

Mientras refería estas cosas, observaba yo que su voz en la conversación es una voz comunísima que no da indicio alguno